

A propósito del Segundo Sombra de Manuel Antín

UNA escritora nostálgica, elegantísima y quizá melancólica publicó infaliblemente, hace unos años y según me contaron, sus impresiones de viaje en uno de nuestros suplementos literarios. Según puedo imaginar, brillaban por su presencia las fotos de catedrales o de obras de teatro en cartel. En cambio, faltaban, tal vez para sorprendernos, las alusiones a alguna propiedad agreste y prestigiosa donde la autora se solaza desde una infancia nimbada de gobernantas, y cuyo recuerdo (el de la propiedad y el de las gobernantas) suele deslizar en estos casos quiebras que no y con escasa oportunidad entre dos líneas dedicadas a Ceylán y tres destinadas a Roma.

Esta vez, las impresiones se referían a Inglaterra. Cuyo campo, tan bellissimo y tan ordenado, debiera figurar entre las siete maravillas del mundo, esto es evidente. (Y si no figura, es lo mismo una de ellas.) No era ésta la tesis de la autora, sino otra. O sea: cuántos milenios de cultura se necesitan para embellecer así un paisaje, cuántos siglos para cubrir de encanto esos cottages campesinos en cuyo interior podemos adivinar el vapor recatado del five o'clock tea junto a las brasas. Qué diferencia con nuestros pueblos de campo. ¿Cuántos siglos deberán pasar antes de que nuestras señoras pueblerinas aprendan de las europeas y comprendan la fealdad de estar allí mateando sentadas en sillones de mimbre en la galería que da a la calle?

Hasta aquí, aquella dama suplementina.

DESDE aquí, mi canto de amor por los sillones de mimbre, las señoras sentadas en ellos (siempre que no deba oír sus charlas) y el mate que toman. Punto uno: Para apreciar debidamente nuestros encantos particulares, es necesario que toda persona meditativa considere que somos terriblemente exóticos, que acostumbramos sorber por tubitos de plata una infusión autóctona comparable por su sabor en cierta medida con el famoso té chino tipo Sou-chong, de hojas grandes y tal vez ahumadas, infusión que se obtiene dentro de pequeñas calabazas a las cuales el uso continuo y amoroso otorga un lustre similar al de ciertas naderías preciosas. Otra de nuestras particularidades es la pervivencia de artesanos hábiles en trenzar el mimbre, gracias a lo cual los sillones y otros productos de su ingenio conservan un precio asombrosamente bajo, si se tiene en cuenta el auge actual de la artesanía. Otro elemento de nuestro adorable exotismo reside en el hecho de que hacia fines del siglo pasado devinimos nuevos os. Embriagadora sensación. Quién

fuera un nuevo rico, muy nuevo, y muy rico. De todas las posibilidades del género es la única deseable. Pobre antiguo: ¡puaj. Pobre nuevo: ay. Viejo rico: avaricia y tristeza. Nuevo rico: viva la Pepa.

Cuando vinimos nuevos ricos, como dicen por ahí, vinieron muchas cosas más. Vinieron, por ejemplo, cerrajeros y herreros célebres destinados a abastecer los palacios de estilo francés que empezaron a levantarse, y marmolistas, carpinteros, yeseros, gente que dejaba esa Europa triste, casi vacía de nuevos ricos, y adornaba la vida alegre de los caballeros jinetes de las pampas con galera y bigotón. Como suele pasar, el auge grandioso, igual que la leche cuando hierve, se desparrama desde el centro y baña los alrededores y las lon-



Por SARA GALLARDO

tananzas y a veces es tal que hasta apaga la llama del gas y vacía la cacerola, pero olvidemos la cocina, caramba. Quiero decir que los arquitectos italianos muy a la Puccini y a la Cavour que vinieron hacia el 80 hicieron palacetes y caserones y casas en Avellaneda y en Palermo, y también en Chascomús y en Mercedes, y en todos los pueblos rodeados de llanura y de mugidos donde alguien deseó evocar el lujo y la vida ciudadana de algún modo. Y allí están, soñando todavía, con galerías y guirnalda color arveja o plomo o crema, con baldosas firuleteadas donde dominan el amarillo y el gris, y con sillones de mimbre, alguna palmera donde anidan los gorriónes, y señoras con batón floreadito que toman mate y riegan las diamelas. Allí están, y el tiempo, embellecedor de todo salvo de nosotros, les ha dado una pátina y una serenidad que se parecen a la belleza. Así empezamos a apreciarlas. Y empezar a apreciarlas es empezar a tomar el gusto de ciertas cosas, como, por ejemplo, es-

cuchar una banda de música en un parque.

(Los domingos a eso de las cuatro hay una, espléndida, en la plaza San Martín, y todos nos sentimos felices allí escuchándola, los viejos, y las lindas mucamas mestizas, y los conscriptos llenos de granos, y las madres un poco resignadas, y todos los chicos, y hasta la secta de protestantes ancianos y gritones con micrófono que unos pasos más allá canta y predica y experimenta un poco el contagio alegre y marcial, y cierra los puños y las mandíbulas y toma el nombre de Dios creo que en vano, pero no estoy segura.)

EMPEZAMOS a apreciar esas casas y esos pueblos, y las viejas estaciones inglesas de nuestro ferrocarril, y los puentes de hierro por donde pasa el tren, y todas las cosas que ahora vemos con su precioso velo de años y de romanticismo. Y apreciamos, de pronto, a los paisanos de cada día. Durante tantos decenios reservamos nuestro respeto a figuras arrastradores de espuelas grandes como molinos, envueltos en chiripás que parecen toldos de playa, con barbas como líquenes marinos y alaridos inexplicables, que alguien, un viajero francés y dibujante de hace dos siglos, nos aseguró que se llamaban gauchos, y nosotros lo creímos. Y no se nos ocurrió mirar a nuestro lado, en esos pueblos de campo a donde llegan a hacer compras, o simplemente en el campo, a los paisanos verdaderos de hoy, gauchos tranquilos de sombrero chico y bota un poco alta y bigote recortado y poncho sencillito y rastra modesta, herederos de las sabidurías y el coraje que atribuimos sólo al extinguido gauchaje de ayer.

TODO esto se me ocurre (mentira, se le ocurre a un poeta que me lo hace ver, y yo lo escribo y lo firmo, pero con injusticia), todo esto se hace claro, en fin, mirando las fotos del *Don Segundo Sombra* que prepara Manuel Antín. Y pocos imaginan qué alivio depara a algunos ver esas imágenes bellas y sencillas de un mundo bello y sencillito que tenemos tan cerca. Ricardo Güiraldes, argentino hasta en eso, se enamoró de Francia, admiró a Valerie Larbaud, amasó ese amor y ese aprendizaje con su primer amor y su primer aprendizaje del campo argentino, y consiguió un libro lleno de belleza. Por lo que se ve, parece que Manuel Antín podrá expresarlo. Mientras tanto, las casas de los pueblos han tenido tanto baño de llanura que están logrando algo parecido a esa mezcla extraña de Europa y de pampa que es el estilo argentino.